

solo pecador causa una gran alegría en el cielo» y el que añadía: «No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores, á penitencia?» Pero la verdadera penitencia consiste en abstenerse del mal y en aborrecerlo, segun las palabras del Salmista. «He detestado la iniquidad y la he abominado: lo he jurado y lo he resuelto; cumpliré su justicia. Convertios por consiguiente, y Dios os recibirá con efusion en sus brazos. Pero que nadie se deje llevar de una temeraria presuncion diciendo: «Yo no he pecado:» porque tal lenguaje es ser ciego é insensato, es engañarse á sí mismo, es ignorar que hay que estar en lucha con las seducciones de Satanás, en las palabras, en las acciones, en los pensamientos, en todo el cuerpo. ¿Quién puede vanagloriarse de no haber manchado en alguna manera ni su alma, ni sus sentidos? Nó, nadie está sin pecado, nadie sin mancha, nadie entre los hombres ha conservado intacta su inocencia, escepto Aquel que se ha despojado de su grandeza y se ha hecho pobre por nosotros. Solo está sin pecado el que ha borrado los pecados del mundo, el que quiere la salvacion de todas sus criaturas, el que no desea la muerte del pecador, el Dios infinitamente bueno, amablé, misericordioso y compasivo; Salvador de los hombres, Padre de los huérfanos, defensor de las viudas, médico de las almas y de los cuerpos; esperanza de los desgraciados, refugio de los afligidos, protector de los débiles, camino de la vida, amigo de nuestras almas, Señor Todopoderoso, que nos llama á la penitencia y que no rechaza á ninguno de los que vuelven á Él. Busquemos, pues, un asilo en su seno. Nunca ha recurrido á Él ningun pecador sin encontrar al punto su salvacion; no desesperemos de la nuestra, amados míos: si hemos pecado, hágamos penitencia.

Toda buena obra regocija el corazon de Dios; pero ninguna hay que le sea más agradable que el arrepentimiento. Este buen Padre tjende los brazos con bondad al hijo pródigo que reconoce y confiesa sus faltas, le estrecha contra su pecho y le colma de caricias. «Venid á mí, esclama, los que sufrís, pues yo no rechazo á ninguno de los que á mí vuelven. Venid

á mí cuantos padeceis, cuantos sucumbís bajo la carga, y os aliviare en mi celestial morada, donde todos mis santos reposan en paz y alegría. Venid á participar de esta dicha inefable, á gustar las delicias infinitas cuya vista solo regocija á los ángeles. Allí resplandecen con los rayos de mi gloria las numerosas falanjes de los justos: allí son recibidos en el seno de Abraham todos los que como Lázaro han sido presa de la miseria y de las tribulaciones: allí prodigo á todos los tesoros de mi eternidad. Esta es la celestial Jerusalem, madre de mis primeros hijos: la tierra que he prometido á los que son mansos y humildes de corazon. Venid todos á mí y yo os aliviare. Allí reina una paz profunda é inalterable; todo es allí luz, todo respira felicidad, no hay tiranía, crímenes, ni austeridades. ¡Felices los que lloran sobre la tierra! Llorad, pues, haced penitencia, convertíos, y yo os consolaré, yo os colocare en un lugar donde no hay ni trabajos, ni lágrimas, ni cuidados, ni preocupaciones, ni gemidos. Convertíos, hijos de los hombres, y yo os consolaré, yo os colocare en un sitio donde moran eternamente la dicha, la paz, la alegría y el reposo: en un sitio donde no entran nunca ni el demonio ni la muerte; donde no hay ni ayuno, ni reyerta, ni disturbios, ni ódios, ni esclavitud del sexo. Convertíos y os consolaré, é ireis á las fuentes de la vida, al Paraiso de delicias, á la viña de vuestro celestial Padre, á la tierra bienaventurada de los elegidos, donde yo mismo, vuestro Dios, he fijado mi morada. Venid los que estais en la afliccion, y os consolaré y esparciré sobre vosotros con profusion la dicha y la esperanza, y os haré gozar de una luz inextinguible, de un sol sin ocaso. Tomad mi yugo sobre vuestros hombros, y sabed que soy de corazon humilde, y hallareis reposo para vuestras almas. Allí resuena sin cesar el rumor de las fiestas y se revelan los secretos tesoros de la sabiduria y de la ciencia. Venid todos á mí y colmare los deseos de vuestro corazon en esta morada de delicias; las recompensas mas magnificas serán vuestro patrimonio, disfrutareis de una felicidad que no podeis concebir, de un goce inalterable, de un triunfo



que nunca termina; no oireis mas que acciones de gracias, cantos de victoria y de reconocimiento, himnos solemnes en alabanza del Altísimo; ceñirá vuestra frente una corona inmortal, dispondreis de infinitas riquezas: la eternidad será la medida de vuestro imperio, y vagareis por siglos de siglos sobre este océano de delicias que no puede espresarse por el lenguaje humano, ni puede comprender la inteligencia de los hombres. Millares de ángeles y de primogénitos, los tronos de los Apóstoles, las cátedras de los Profetas, los cetros de los Patriarcas, las coronas de los Mártires, la gloria de los Justos, resplandecerán por todas partes en torno vuestro. Todo lo que hay de grande, todo lo que hay de augusto sobre la tierra se reunirá en esta feliz region. Venid á mí los que teneis hambre y sed de justicia, y llenaré vuestra alma de bienes tan deseados, que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni puede concebir el pensamiento. Tales bienes tengo preparados para los que hacen penitencia y se apartan del camino del mal: estos bienes los he preparado para los pobres de espíritu, los pacíficos, los que sufren en mi nombre persecuciones, calumnias y ultrajes. Nadie ha recurrido á mí sin experimentar alivio, sin verse libre de la cadena de sus malos hábitos, sin despojarse de la malicia que le habia inspirado el demonio y fijar en su alma el reino de mi divino espíritu. Al venir á mí, los magos han renunciado á sus errores y abrazado la sabiduría; los publicanos han abandonado sus tributos y fundado iglesias; los perseguidores han abjurado su tiranía y acogido con alegría los sufrimientos de la cruz; los ladrones han abandonado el robo y el homicidio, y se han sometido á las saludables influencias de la fé, conquistando un lugar en el Paraíso. Venid pues á mí, que no rechazaré al que se acoja en mis brazos.

Tales son, amados míos, las promesas y las dulces palabras del Salvador de nuestras almas. ¿Qué padre se manifestará mas tierno? ¿qué médico mas consolador? Corramos á Él. Gloria á su longanimidad, á su amor y su indulgencia, á todas sus mise-

ricordias, á su eterno reinado. Gloria, honor y adoracion á su santo nombre por todos los siglos de los siglos. Amen.»

Tal es la gran obra de San Efren, verdadero monumento de elocuencia, tesoro inagotable de ternura y arsenal inmenso de inspiracion. Leedlo, jóvenes, leedlo muchas veces, y hallareis seguramente nuevas enseñanzas que recoger en el fondo y en la forma del discurso que en su mayor parte acabamos de transcribir. Pálido remedo de lo que debió ser, conserva todavía al llegar hasta nosotros rasgos brillantes y de seguro efecto, si sabeis adoptarlos con oportunidad en la cátedra de la verdad. No aconsejamos á los jóvenes que le pronuncien íntegro, pero sí que antes de hablar al pueblo cristiano del juicio final mediten sobre él tomándole por modelo en su predicacion. Los últimos momentos de San Efren ofrecen un verdadero interés; su muerte no fué menos instructiva que su vida, y su humildad se revela en su testamento y en las últimas frases que pronuncia despues de bendecir á los monjes que le rodean y al pueblo que vé asombrado su energía y su valor. «No amortajéis mi cuerpo con telas preciosas, ni levanteis á mi memoria monumento alguno,» les dice; y entrega su alma tranquila en el Señor. Su muerte se cree acaeció hácia el año 379.

Muchos de los trabajos de San Efren se han perdido para la posteridad: algunos *Discursos morales* y varios *Himnos* publicados en latin por Gerardo Vosió, es lo único que podemos citar, con mas el *Diálogo sobre el juicio final* y diversos trozos que pueden verse en las ediciones de sus obras, entre las cuales debemos recomendar la de Osford y la hecha en Roma por Asemani en 1752.

SAN EPIFANIO. Menos notable San Epifanio bajo el punto de



vista de nuestros estudios, que la mayor parte de los Santos Padres de la Iglesia griega de que hasta ahora nos hemos ocupado, no es sin embargo acreedor á nuestro olvido, ni á que sus escritos se miren con desden por la juventud que se sienta animada á ocupar algun dia la cátedra del Espíritu Santo.

El Cristianismo habia estendido su poder por todo el mundo romano: las montañas mas elevadas, los bosques mas impenetrables, las cavernas mas profundas, las soledades mas olvidadas tenian sus anacoretas, sus monasterios, sus habitantes llenos de fé y de entusiasmo por la causa santa de la verdad: las ciudades, los pueblos, y las aldeas mas reducidas contaban tambien un gran número de valerosos soldados de Cristo, siendo muy frecuente ver en poblaciones de escasa importancia un obispo y un senado de sacerdotes, como señal evidente del gran prestigio, de la gran fuerza del nuevo culto, y anticipado testimonio de una cristiandad futura.

Por esta causa no debe nadie estrañar la asistencia á los concilios de un gran número de obispos en aquella época, aunque esas grandes juntas ó reuniones convocadas para deliberar acerca de los altos intereses de la sociedad cristiana se limitasen á una parte del imperio, como sucedió con el gran concilio celebrado en Cartago á principios del siglo V, al cual asistieron 286 obispos ortodoxos y un número casi igual de obispos donatistas en representacion todos ellos de la provincia de Africa.

Las numerosas islas derramadas por el Mediterráneo, ricas y florecientes en tiempo de la libertad griega, activas é industriosas bajo la dominacion romana, enviaban tambien á los sínodos de Oriente y de Occidente en nombre de sus ciudades episcopales, obispos llenos de sabiduría, de virtudes y de es-

periencia, entre los cuales se distinguió mucho San Epifanio, gefe de la Iglesia de Salamina, ciudad la mas importante de la Isla de Chipre.

San Gerónimo dice en su libro de *Hombres Ilustres*, que cuando escribia esta obra Epifanio era muy anciano; razon por la cual creemos muy acertada la opinion de los que fijan su nacimiento hácia el año 310, en Besandoue, ciudad de la Palestina.

Testigo de las vicisitudes por que pasó la religion desde Constantino hasta los hijos de Teodosio, San Epifanio contribuyó poderosamente á la perseverancia de muchos cristianos, á la conversion de infinitos fieles contaminados con las seducciones de la heregia y del error. Habiendo perdido á sus padres siendo muy niño, un doctor de la ley judáica se encargó de su educacion, cultivando su inteligencia en las ciencias y haciéndole adquirir conocimientos especiales en las lenguas hebrea, siriaca, egipcica, griega y latina, las cuales poseia el santo con rara perfeccion.

Cuando á la edad de diez y seis años perdió á su celoso maestro, Epifanio espermentó muy pronto cierto malestar, cierta inquietud de espíritu, que no bastaba á desvirtuar la posesion de sus riquezas y su vida llena de satisfacciones. Cierto dia que paseaba á caballo por los alrededores pintorescos de Eleutherropolis, ciudad de fundacion romana en la Judea, observó con sorpresa que un viajero que caminaba á pié daba su capa á un pobre que se le habia acercado á pedirle una limosna. Epifanio preguntó al forastero con vivo interés:—¿Quién eres que así obras? y el viajero le contestó:—Dime cuál es tu fé, y te diré la mia.—Yo soy judío, replicó Epifanio.—Si eres judío, ¿cómo preguntas á un cristiano?—¿Y por qué no puedo



llegar á serlo como tú? añadió el jóven.—Tu voluntad es el único inconveniente: quiérello, y lo serás.

Este diálogo decidió á Epifanio. Sorprendido con las palabras y la accion bienhechora del forastero, sigue sus pasos, entra con él en la ciudad, y por fin llegan á un monasterio, mansion del desconocido.—Ya estamos en el recinto de la oracion: tus riquezas se oponen á que permanezcas con nosotros: si deseas ser cristiano, abandónalas y alcanzarás la vida eterna.

Menos que esto era necesario para convencer al jóven israelita: su conversion estaba hecha, y pocos meses despues el obispo de la ciudad derramaba sobre su cabeza el agua misteriosa que purifíca toda culpa y limpia toda mancha. Sumiso, obediente Epifanio á los consejos de su nuevo maestro, caminó rápidamente en la senda de la virtud; distribuyó sus bienes entre los pobres, dotó á su hermana, que mas adelante se hizo tambien religiosa, y comenzó su gloriosa y santa peregrinacion sobre la tierra.

San Epifanio emprendió largos viajes despues de su conversion, y en sus visitas á Egipto, á la Siria y á otros paises, conoció un gran número de preclaros varones que con su ejemplo le animaron á emprender una vida mas perfecta. De vuelta á la Judea fundó un monasterio en un árido desierto, que la actividad de los religiosos fertilizó en poco tiempo, y á donde los sábios de Siria iban á consultarle: desde aquel asilo lloró la persecucion indecisa de Juliano, preparándose para salir á la defensa del Evangelio.

Sorprendido en sus meditaciones fué proclamado obispo de Salamina, y aunque su modestia se opuso á esta elevacion, aceptó por fin un cargo que le imponia grandes deberes, cum-

pliéndolos desde el primer momento con admiracion de todos y utilidad de la Iglesia.

San Epifanio habló pocas veces á los fieles, y aunque sus panegiristas nada dicen de su predicacion, por sus efectos debemos graduar que debia ser edificante, uniendo á sus palabras el grandísimo aliciente de una conducta immaculada.

Por este tiempo San Epifanio escribió un libro que se titula *Ancora*, para indicar la base inquebrantable á que él deseaba asir las opiniones humanas. Despues de esta obra escribió otra mas notable aun, y en la cual revela el santo su gran erudicion teológica y el vigor de sus racionios. Siguiendo las huellas de San Ireneo, el obispo de Salamina escribió la *Historia de las heregías*, dándola una gran estension, y haciéndola comprensiva á todos los estravíos de la humanidad anteriores á la venida del Mesías. Las heregías han precedido en efecto al advenimiento de Jesucristo, pues en realidad el Cristianismo, que comienza por una promesa hecha á nuestros primeros padres en el paraiso, no era tan solo la ley natural, sino la religion misma en su primera forma y con todos los elementos de su desarrollo y crecimiento futuro. La verdad, proclamada por algunos, perseguida por otros, se eleva magestuosa desde el primer hombre hasta la realizacion de la oferta divina; y en ese tiempo la heregía se muestra clara, perceptible en el horror que le inspira la marcha del mundo hácia su rehabilitacion y perfeccionamiento moral, y en las trabas que opone á que se realicen las consoladoras promesas del Redentor. Es sin duda este un conocimiento elevado que pertenece mas bien á la creencia de la Iglesia, que al genio del escritor, pero que de todos modos le permite comprender en su plan hasta las escuelas filosóficas de la Grecia, aunque sea de una manera rápi-



da, si bien no por esto menos exacta. En la historia de las sectas cristianas del Oriente es donde Epifanio derramó nuevas y brillantes ráfagas de luz, á causa de su origen, de sus estudios y de su conocimiento de las lenguas y de las costumbres de aquellos países. Muchas veces reproduce tambien preciosos fragmentos acerca de las cuestiones que dividian los ánimos, desde las sutiles interpretaciones de Orígenes, hasta los extravíos de los Maniqueos, é introduciendo en su narracion un debate real ó ficticio, nos hace oír á los actores mismos de aquellas grandes controversias.

Su libro encierra máximas sublimes acerca de la naturaleza del alma, del destino, de la muerte y del porvenir del hombre; por medio del exámen abstracto é histórico de las sesenta sectas que declara salidas del Cristianismo, y á quienes llama infieles esposas, restablece del todo en su rigurosísima pureza la continuacion y el pormenor del dogma cristiano. Ante la dilatada série de las extravagantes opiniones que presenta, se conoce cuán provechosas eran las solemnes disputas de los concilios y la tradicion de la Iglesia romana. Epifanio hace notar esto mismo al elogiar á Constantino, por haber reunido el concilio de Nicea y fijado la festividad de la Pascua, demostrando que todo su interés está en defender la unidad de la fé y de la disciplina.

Si comparamos á Epifanio con los oradores del Cristianismo oriental, no podemos concederle ni el genio de estos, ni su poder sobre la muchedumbre, ni su dominio absoluto sobre los habitantes de una gran ciudad; pero á un vasto saber, á las enseñanzas del desierto y del mundo, y á la esperiencia de largos viajes, unia indudablemente una fuerte imaginacion, que temerosa y contenida en la árida exactitud de la controversia,

corre libremente en algunas *Homilias* que creemos ser obra suya, á pesar de dudarlo mas de un escritor respetable.

No son los trabajos á que nos referimos demostraciones puramente dogmáticas, ni meras exhortaciones morales, sino mas bien fragmentos de un poema lírico, ó la repentina palabra de un Apóstol, en medio de los monumentos y en el paraje mismo del Cristianismo naciente. Nótase en ellas, se trasluce claramente el recuerdo y los vestigios de los primeros años de Epifanio: son el lenguaje del judío-cristiano trasladado á Grecia. Fijando nuestra atencion en la homilia sobre el *domingo de Ramos*, vemos que el orador no se limita á celebrar este acontecimiento religioso, sacando de él una enseñanza provechosa para el pueblo que lo está escuchando, sino que se traslada á Jerusalem, presencia la entrada del Salvador, entona el himno de esperanza y asiste gozoso al triunfo de Jesus mas bien que recuerda á los fieles su memoria.

El dominio de la imaginacion se revela mas aun en la homilia sobre la *Sepultura de Jesucristo*. Las palabras: «Bajó á los infiernos» constituyen el principio de un canto épico, que á primera vista parece poco conforme con la severidad del dogma y con las caritativas esperanzas de un piadoso entusiasmo. Los dolores terminan, las lágrimas cesan de correr, y hasta los parajes mismos de los suplicios quedan destruidos instantáneamente. Se creeria la ficcion de un poeta de nuestros dias, si no supiésemos que era la obra de un Padre de la Iglesia oriental. Epifanio no quiso, sin embargo, otra cosa que celebrar la libertad de los justos de la antigua ley, por mas que la poesia resalta en primer término y oscurezca el dogma. Las brillantes imágenes con que acompaña la venida de Jesucristo, el aparato de las santas milicias, su altivo continente y sus amenazadoras